

FRANCISCO JOSÉ MARTÍN  
*Università di Siena*

## El anarquismo literario de José Martínez Ruiz

Uno de los peligros más graves que acechan en los estudios sobre el anarquismo español de fin de siglo tiene que ver con el olvido de la perspectiva histórica. En nuestra mentalidad contemporánea, la palabra “anarquía” posee una valencia semántica precisa, resultado de un largo proceso histórico que ha visto implicados tanto los desarrollos teóricos de la *Idea* cuanto los sucesivos fracasos políticos del movimiento. El significado actual de la palabra, sin el criterio corrector de una adecuada hermenéutica, puede comprometer seriamente cualquier investigación sobre el anarquismo finisecular, pues lleva implícito un juicio moral y político de su mismo proceso histórico que desvirtúa la realidad efectiva del objeto de estudio. Nuestra actual comprensión del anarquismo no puede ser aplicable a las distintas etapas del movimiento anarquista; hacerlo sería una inexactitud histórica y una impostura hermenéutica. Se hace necesario no perder de vista la modulación significativa que la palabra “anarquía” ha tenido en su decurso histórico. Se trata, por tanto, de rescatar la comprensión propia que el anarquismo finisecular ofrecía de sí, de operar una suerte de suspensión fenomenológica de su posterior desarrollo histórico y, a su vez, de introducir una perspectiva histórica de ida y vuelta que permita ver el posterior desarrollo como una (y no la sola) de las múltiples posibilidades históricas que entonces se le ofrecían. Así, hay que tener en cuenta, por ejemplo, que algunas de las notas distintivas más importantes de nuestra comprensión actual del anarquismo español (la fundación de la CNT, el fundamentalismo extremista y aventurero de la FAI, las tensas relaciones del movimiento con los gobiernos republicanos, su participación en la Guerra Civil, etc.) no estaban en el horizonte del anarquismo finisecular, que las señas de identidad de éste tienen que ser necesariamente otras, y que sólo salvando la distancia que nos separa de ellas podremos acceder a una justa comprensión del mismo.

El problema anteriormente descrito es común al estudio de todas las *ideologías*; en nuestro caso, sin embargo, se agrava porque el anarquismo no constituye propiamente una doctrina, sino que su misma índole ideológica lo imposibilita para constituirse como un cuerpo teórico con carácter doctrinal. Su radical crítica del poder y del principio de autoridad impiden la plasmación de una teoría claramente definida, con límites bien precisos y con seguros criterios de demarcación. Por eso, las contradicciones más o menos importantes que puedan darse entre Proudhon, Bakunin, Malatesta o Kropotkin, por ejemplo, no van en detrimento de la *Idea*, sino que, al contrario, amplían el radio teórico del movimiento. En este sentido, hay que convenir que el anarquismo finisecular español (como el europeo) se configura como una nebulosa ideológica tan imprecisa como confusa, en la que convergen autores y tendencias que hoy, desde nuestra actual perspectiva histórica, consideraríamos como elementos impropios del anarquismo. Un amplio movimiento, pues, cuya señal de identidad más clara acaso haya que buscarla no en sus aspectos doctrinales o teóricos, sino en el ser, más bien, una *actitud* radical ante la vida<sup>1</sup>.

Todo este preámbulo sirve, en la economía de este trabajo, para desmascarar el falso principio que sustenta la crítica de quienes niegan valor de verdad al anarquismo del joven Martínez Ruiz, o de quienes juzgan “excesiva” su consideración como anarquista<sup>2</sup>. Es cierto que, desde nuestra actual perspectiva histórica, Martínez Ruiz acaso parezca más un *révolté* que un anarquista; pero también es cierto que en la España finisecular él mismo se consideraba anarquista, consideración que no podía ser una mera “ilusión” juvenil, pues coincidía con la que sus contemporáneos (tanto fuera como dentro del movimiento) tenían de él – y éste es un dato que no debe olvidarse si se quiere alcanzar una justa comprensión del fenómeno que estamos analizando. El anarquismo del joven Martínez Ruiz es una de las múltiples vías dentro del *mare magnum* de corrientes y tendencias que constituían el movimiento anarquista de fin de siglo. Es una de sus *formas* constitutivas y definitorias. Negarlo equi-

<sup>1</sup> “El anarquismo fue una corriente política que se caracterizó en buena medida por no ser una doctrina, sino una actitud (en la que gestos y símbolos son a veces más importantes que palabras)”, José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español (1868-1910)*, Madrid, Siglo XXI, 1991<sup>2</sup>, p. 10.

<sup>2</sup> Clara Lida, *Literatura anarquista y anarquismo literario*, en “Nueva Revista de Filología Hispánica” (México), vol. XIX, n. 2, 1970, p. 378 n.; J. Álvarez Junco, *op. cit.*, p. 78; Mercedes Vilanova, *La conformidad con el destino en Azorín*, Barcelona, Ariel, 1971, p. 53.

vale a violentar la historia. Poco importa que, después, aquella *rebeldía* de la juventud literaria de fin de siglo, vista *a posteriori* del desarrollo histórico del movimiento anarquista, haya sido críticamente desvinculada del anarquismo; lo verdaderamente importante es subrayar que la “rebeldía” del joven Martínez Ruiz, en su época, se comprendía dentro de la amplitud del movimiento anarquista<sup>3</sup>.

Una amplitud, ésta, que comprendía como elementos propios no sólo a los padres de la *Idea* (Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Hamon, etc.), sino también a Godwin, Stirner, Tolstoi, Nietzsche, Renan, etc., y que en la imprecisión de sus

<sup>3</sup> Ricardo Baroja, en uno de los libros de memorias que mejor plasman el ambiente literario del fin de siglo español, manifiesta repetidas veces la relación de la juventud literaria de entonces con el anarquismo, pero advirtiendo siempre de un desinterés bastante generalizado por la política: “Las cuestiones sociales interesaban muy poco a nuestro círculo. Acaso se sentía cierta simpatía platónica por los anarquistas y los dinamiteros”, “Los demás eran republicanos o medio anarquistas, o maldito si les importaba ni la política ni las ideas societarias”, *Gente del 98*, Madrid, Cátedra, 1989, pp. 52 y 196. Esta generalización, en su verdad, oculta el interés político y social de alguno de los miembros de aquel “grupo semoviente y nocharniago”: ¿cómo no ver en la acción que iban a emprender “los Tres” un interés político que buscaba desembocar en la política? Del mismo modo, la realación entre la bohemia y la anarquía, aunque en la mayoría de los casos pueda reducirse a una simple atracción, no exenta de romanticismo, de los artistas jóvenes por la reivindicación generalizada de libertad en todos los órdenes de la vida, sin compartir por ello la ideología del anarquismo, ello no obsta para que alguno de los integrantes de aquel grupo tan heterogéneo pudiera sentirse integrado plenamente en la lucha por la causa anarquista. Éste era el caso del joven Martínez Ruiz. Éste es el caso del protagonista de *Aurora roja*, de Pío Baroja, un joven que pasa de la rebeldía artística al compromiso político con la causa anarquista. Esta novela barojiana resulta imprescindible para comprender el ambiente del anarquismo español finisecular, su amplitud y variedad, su esplendor y decadencia, su grandeza y su miseria. Baroja distingue diversas tendencias dentro del anarquismo de la época: un anarquismo artístico y humanitario, inspirado por Tolstoi e Ibsen; un individualismo rebelde, fosco y huraño, con un carácter más filosófico que práctico; un anarquismo cercano al republicanismo radical, con ciertas tendencias parlamentarias, y, en fin, un anarquismo destructivo y dinamitero, cfr. Pío Baroja, *Aurora roja* (1904), en *Obras completas*, vol. I, Madrid, Biblioteca Nueva, 1988, pp. 554-555. Más adelante, en la misma novela, distingue también, dentro del anarquismo, entre: nihilismo filosófico, la anarquía, como “fórmula lógica y científica del socialismo radical”, y el sentimiento anarquista (p. 620). A todas estas distinciones/clasificaciones, cuyo fin último es el “retrato” del ambiente anarquista del periodo de entresiglos, aún habría que añadir otra más, que transpasa la novela de principio a fin, entre el “anarquismo de acción” y el “anarquismo intelectual”, sin rebajamiento o menoscabo de uno sobre otro, sino considerándolos, más bien, como dos facetas (a veces en abierta contraposición) de una misma realidad, el movimiento anarquista finisecular.

confines se confundía con el federalismo de Pi y Margall, la defensa del cristianismo primitivo, las reivindicaciones feministas, el nuevo misticismo y una nueva sensibilidad ecológica. En este sentido, contextualizar el anarquismo finisecular dentro del marco que ofrecen las ideologías revolucionarias de renovación total de la sociedad puede resultar, en su verdad, insuficiente para comprender su carácter poliédrico y multifacético. Quizá sea más adecuado reclamar un contexto más amplio, de renovación y agotamiento a la vez, capaz de contener el optimismo de la fe en el progreso indefinido de la humanidad y el pesimismo de las esperanzas frustradas que se esconde detrás de tantas acciones extremas. El fatalismo y la trágica renuncia de sí que ejemplificaron ante los ojos del mundo los anarquistas rusos del siglo pasado han puesto bien en evidencia la filiación de este anarquismo finisecular con alguna de las órbitas del nihilismo europeo. Éste es, quizá, el contexto más idóneo para la comprensión del movimiento anarquista de fin de siglo, el contexto que hace resaltar la multiplicidad de sus corrientes, la diversidad de sus tendencias y el fondo de unidad (no reductiva sistemáticamente) que alienta en todas ellas<sup>4</sup>.

A la anterior reivindicación de la perspectiva histórica para el estudio del anarquismo finisecular, hay que añadir, ahora, una nueva reivindicación de la perspectiva histórica para el estudio de la obra de José Martínez Ruiz. Uno de los problemas más serios con que se encuentra esta obra consiste en el hábito crítico de valorarla desde el posterior desarrollo del autor, es decir, desde Azorín. Se olvida, de este modo, que Martínez Ruiz y Azorín son dos personalidades literarias distintas, dos modos de afrontar el mundo y la vida sin solución de continuidad; entre ellos se abre una fractura franqueable sólo desde la explicación de la vivencia radical de la crisis del nihilismo y desde la ruptura que ésta supone. Ni uno ni otro ocultan, por otro lado, la enemistad y la animadversión que corre entre ellos: véanse en propósito las cartas que dirige Martínez Ruiz a Pío Baroja en el Epílogo de *La voluntad*, criticando duramente el estado abúlico de Azorín, o repárese en la operación de silenciamiento condenatorio que Azorín llevó a cabo respecto de la obra de Martínez Ruiz, a la que calificó incluso de “alegres pecadillos de juventud”<sup>5</sup>. Es preciso, por tanto, delimitar bien ambas obras y valorarlas en sí mismas; urge recuperar la obra del joven

<sup>4</sup> Federico Vercellone, *Introduzione al nichilismo*, Roma-Bari, Laterza, 1992; Franco Volpi, *Il nichilismo*, Roma-Bari, Laterza, 1996; *Pensar (en) el nihilismo*, Manuel Barrios (ed.), *Reflexión* (Sevilla), n. 2, 1996.

<sup>5</sup> Azorín, *Advertencia importante*, en *Obras completas*, vol. I, Madrid, Aguilar, 1947, p. X. Todas las referencias de las obras de J. Martínez Ruiz que se citan en este trabajo, salvo indi-

Martínez Ruiz en su justa contextualización histórico-cultural, teniendo bien presente que en el horizonte de la misma no estaba Azorín como autor, que el juicio azoriniano no sólo no le pertenece, sino que es una operación ajena de enmascaramiento y ocultación.

Hechas estas precisiones de carácter hemenéutico-contextual podemos adentrarnos en la consideración del anarquismo de José Martínez Ruiz. En el *Palique* del 8 de mayo de 1897 publicado en *Madrid Cómico*, Clarín se refiere a Martínez Ruiz como un “anarquista literario”. Clarín no estaba inventando nada, sino recogiendo la indicación que le brindaba el título de un ensayo de Martínez Ruiz (*Anarquistas literarios*); ahora bien, lo que hace Clarín es invertir la valoración de tal término: la referencia y el tono de Clarín son condenatorios, las doctrinas que profesa Martínez Ruiz, en cuanto anarquista literario, son – dice – “terribles”. Otros críticos, en época más reciente, se han referido al anarquismo del joven Martínez Ruiz como un “anarquismo sentimental”, o simplemente “teórico”. Es decir, se iba abriendo paso, en la crítica literaria azoriniana, una adejetivación del anarquismo de Martínez Ruiz que tendía a restringir su efectivo valor; era como si diciendo “literario” o “sentimental” se restara “pureza” a sus ideas, como si se disminuyera y matizara el alcance anarquista de las mismas. Muchas de estas operaciones encubrían, como ya vimos, el olvido de la perspectiva histórica: aplicaban un concepto de anarquía que había surgido con posterioridad en el desarrollo histórico del movimiento. Otras veces, sin embargo, la operación era más sutil y, disfrazada de progresismo, encubría un claro juicio de parte que se hacía desde el antagonismo teórico e histórico entre el marxismo y el anarquismo; pensar, como hace Valverde, que el germen del conservadurismo político de Azorín está ya inscrito en los planteamientos anarquistas del joven Martínez Ruiz es un juicio de claro signo partidista que oculta la visión condenatoria que del anarquismo ha solido hacer la crítica marxista<sup>6</sup>. En este contexto, el joven Martínez Ruiz viene consi-

cación contraria y a excepción de los artículos, pertenecen a este primer volumen de las *Obras completas de Azorín*.

<sup>6</sup> “La radicalidad anarquista y el buen gusto estético pueden servir a veces como coartadas para no apreciar el valor de un progreso político – inevitablemente modesto e imperfecto –, dentro de un proceso por el que todo anarquismo acaba sirviendo a la política reaccionaria”, José María Valverde, *Azorín*, Barcelona, Planeta, 1971 p. 198. A este propósito, puede verse: Karl Marx y Friedrich Engels, *Crítica dell'anarchismo*, ed. de G. Backhaus, Turín, Einaudi, 1972.

derado como un “propagandista” del anarquismo, un “teórico” sin voluntad “práctica”, que escamotea la “acción”, que no se mezcla en la lucha política; le falta – para ser un verdadero anarquista, se entiende – el contacto directo con los grupos obreros, la participación activa y militante en el movimiento revolucionario<sup>7</sup>. Tesis, ésta, muy arraigada en nuestra conciencia literaria, pues avalada, en cierto modo, incluso por Azorín.

La reivindicación del anarquismo de Martínez Ruiz coincide con la catalogación y posterior rescate de su periodismo<sup>8</sup>. Ahora bien, estas primeras defensas de su anarquismo, tan necesarias como importantes, hay que entenderlas en su justo contexto circunstancial, es decir, en lo que tenían de oposición a ese juicio crítico común que negaba o ponía en tela de juicio el anarquismo del joven Martínez Ruiz<sup>9</sup>. Su insistencia, por tanto, recaía, de maneras diver-

<sup>7</sup> José María Valverde, *Azorín*, op. cit., p. 32.

<sup>8</sup> Inman Fox, *Una bibliografía anotada del periodismo de José Martínez Ruiz (Azorín): 1893-1904*, en “Revista de Literatura” (Madrid), n. 55-56, 1965; Rafael Ferreres, *Valencia en Azorín*, Ayuntamiento de Valencia, 1968; Azorín, *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz (1894-1904)*, ed. de J.M. Valverde, Madrid, Narcea, 1972 (posteriormente reeditado, con prólogo y bibliografía actualizados, como J. Martínez Ruiz, “Azorín”, *Artículos anarquistas*, ed. de J.M. Valverde, Barcelona, Lumen, 1992); José Payá Bernabé, *Ignorados artículos de Martínez Ruiz en El Motín*, en “Anales Azorinianos” (Monóvar, Alicante), 3, 1986; Christian Manso, *Un artículo olvidado de José Martínez Ruiz (La Coruña, 1896)*, en “Anales Azorinianos”, 3; Laureano Robles, *Cartas inéditas de Azorín a Dorado Montero*, en “Anales Azorinianos”, 3; Antonio Robles Egea, *Algunos datos desconocidos sobre la evolución política del joven Martínez Ruiz (1899-1901)*, en *José Martínez Ruiz (Azorín)*, Actes du I<sup>er</sup> Colloque International, Biarritz, J&D Éditions, 1993 (contiene siete artículos de Martínez Ruiz publicados en el semanario madrileño *Progreso*).

<sup>9</sup> Inman Fox, *José Martínez Ruiz (Sobre el anarquismo del futuro Azorín)*, en “Revista de Occidente” (Madrid), n. 35, 1966 (después en *La crisis intelectual del 98*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1976, y en *Ideología y política en las letras españolas de fin de siglo (1898)*, Madrid, Espasa Calpe, 1989); Jorge Campos, *Hacia un conocimiento de Azorín. Pensamiento y acción de José Martínez Ruiz*, en “Cuadernos Hispanoamericanos” (Madrid), n. 226-227, 1968; Rafael Pérez de la Dehesa, *Azorín en la prensa anarquista de fin de siglo*, en “Cuadernos Americanos” (México), n. 6, 1970; Carlos Blanco Aguinaga, *Los primeros libros de Azorín*, en *Juventud del 98*, Barcelona, Crítica, 1978<sup>2</sup>; Santiago Riopérez y Milá, *Azorín, anarquista*, en “Anales Azorinianos” (Monóvar, Alicante), 2, 1985, y *Azorín anarquista. Ideología de sus primeras colaboraciones periodísticas (1894-1904)*, en *José Martínez Ruiz (Azorín)*, op. cit.; Antonio Robles Egea, *Algunos datos desconocidos sobre la evolución política del joven Martínez Ruiz (1899-1901)*, art. cit.; María Dolores Dobón Antón, *Azorín anarquista. De la revolución al desencanto*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1997.

sas, en el empeño por demostrar el carácter anarquista de Martínez Ruiz, sin reparar demasiado en la adjetivación que él mismo se dio, y con la que pretendía marcar el alcance de su “acción”. “Rigurosamente hablando – dice Blanco Aguinaga –, el *anarquista*, si lo es, no tiene por qué perder nada al ser *literario*”; es más que posible que, referido al anarquismo del joven Martínez Ruiz, “el adjetivo *literario* tenga un sentido más revolucionario que en la fácil y ambigua definición de Clarín”<sup>10</sup>. Es necesario, por tanto, para una plena comprensión del *anarquismo literario* de Martínez Ruiz, estudiarlo en la doble vertiente que se propone, prestando atención tanto al sustantivo cuanto al calificativo.

## I

A pesar de haber constituido España un lugar privilegiado para el arraigo y proliferación del anarquismo<sup>11</sup>, hay que reconocer “la escasa originalidad doctrinal del anarquismo español y su dependencia de los clásicos rusos o franceses”<sup>12</sup>. El anarquismo español fue rico en sus acciones, en los intentos concretos por implantar la *Idea*, pero frágil y pobre en sus desarrollos teóricos; éstos no lograron proponerse más que como reflejo y propaganda de la obra de los padres europeos del movimiento (Proudhon, Bakunin, Kropotkin, Malatesta, Grave, Hamon, Reclus, Faure, etc.). Y es desde este carácter “deudor” desde donde hay que entender la afirmación de que “José Martínez Ruiz fue teórico y propagandista del movimiento”<sup>13</sup>. Es obvio, desde luego, que el pensamiento de nuestro autor, aun permaneciendo dentro del anarquismo durante sus años juveniles, estuvo sujeto a las variaciones y modificaciones propias del ser efectivo pensamiento, pensamiento vivo y no repetición mostrenca de un pensamiento ya confeccionado (como se desprende, por ejemplo, de su ambigüedad, primero, y alejamiento, después, de la defensa teórica de la violencia). La pertenencia ideológica no conlleva necesariamente ni la anulación

<sup>10</sup> Carlos Blanco Aguinaga, *Los primeros libros de Azorín*, art. cit., pp. 153 y 156.

<sup>11</sup> “Apenas nos asombra que la doctrina anarquista haya descubierto en España uno de sus lugares privilegiados”, Gilles Lapouge y Jean Bécarud, *Los anarquistas españoles*, Barcelona, Laia, 1977, p. 11.

<sup>12</sup> José Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español*, op. cit., p. 9.

<sup>13</sup> Inman Fox, *José Martínez Ruiz (Sobre el anarquismo del futuro Azorín)*, art. cit., p. 160.

del pensamiento ni el sometimiento a dictados doctrinales ajenos al sujeto; supone, más bien, la elaboración de un pensamiento que se mueve dentro de los cauces, más o menos amplios, de la ideología – a la que el sujeto debe llegar a través del convencimiento que posibilita el ejercicio de las facultades pensantes. Martínez Ruiz acepta, pues, un planteamiento teórico, un *andamiaje* ideológico<sup>14</sup>, lo interioriza con sincero convencimiento, lo asume y hace suyo, pero fuera de *lo literario*, como veremos, su anarquismo teórico está lejos de poder manifestar originalidad alguna.

Así sucede, por ejemplo, con la misma definición que ofrece del término “anarquista”, definición que reproduce en varias ocasiones en sus escritos y que procede de *Le péril anarchiste* (1894), de Félix Dubois<sup>15</sup>. Martínez Ruiz no oculta nunca este carácter de pertenencia ideológica de su pensamiento; el suyo no es un intento de desarrollar el cuerpo doctrinal (político y filosófico) del anarquismo, sino de difusión y propaganda del mismo: la escritura, al servicio de la propaganda revolucionaria, se convierte en un arma de combate<sup>16</sup>.

<sup>14</sup> La descripción contemporánea que hace Robert Nozick de la ideología anarquista en términos de “andamiaje” (*framework*) representa un buen modelo a la hora de salvar la libertad de pensamiento de los sujetos “comprometidos” con la causa, cfr. *Anarchy, State and Utopia*, Oxford, Basil Blackwell, 1974, III parte, pp. 295-334.

<sup>15</sup> “Un hombre dotado del espíritu independiente bajo una o muchas de sus formas (temperamento de oposición, de examen, de crítica, de innovación), animado de un gran amor a la libertad, y poseedor de una gran curiosidad, de un vivo deseo de conocer. A una tal mentalidad se añade un ardiente amor al prójimo, una sensibilidad moral muy desarrollada, sentimiento intenso de la justicia, sentido de la lógica y poderosas tendencias a la lucha. Tal es el tipo medio del anarquista. En resumen: un individuo batallador, independiente, individualista, altruista, lógico, deseoso de justicia, observador, propagandista”, Ahrimán [seud. de J. Martínez Ruiz], *Los anarquistas (Notas de un libro ajeno)*, en “El Mercantil Valenciano” (Valencia), 18 abril 1894, recogido en R. Ferreres, *Valencia en Azorín, op. cit.*, p. 46. La misma cita de Dubois, con una ligerísima supresión, se reproduce en la apertura de *Anarquistas literarios*, p. 155. A este propósito, también puede verse la “psicología del anarquista” que, basada en la *Psychologie de l'anarchiste-socialiste* (1895) de Hamon, Martínez Ruiz ofrece al final de *Notas sociales* (p. 205): “En la mentalidad anarquista se encuentran las siguientes cualidades: espíritu de examen, amor del propio yo, sentido lógico, curiosidad de conocimiento”.

<sup>16</sup> “La pluma es reconocida como el mejor arma”, J. Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español, op. cit.*, p. 77. Para la difusión del anarquismo y la importancia que revestía la propaganda dentro del cuerpo teórico del anarquismo, véase Lily Litvak, *La buena nueva: periódicos libertarios españoles, cultura proletaria y difusión del anarquismo (1883-1913)*, en *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, Barcelona, Anthropos, 1990, pp. 259-287.

El carácter propagandista de Martínez Ruiz es bien evidente en los primeros años de su andadura literaria, pero donde alcanza su punto más alto es en la amplia reseña que hace del libro de Dubois titulada “Los anarquistas”, donde, no satisfecho con haber trazado en resumen una historia del anarquismo (desde los remotos precedentes de la antigüedad clásica y del utopismo ilustrado a los ilustres progenitores de la *Idea* y a los activistas revolucionarios) y de sus principios fundamentales (bondad original del hombre, armonía natural, lucha contra toda forma de poder, etc.), ofrece al lector una suerte de “biblioteca del buen anarquista”, una interesantísima lista de autores y de títulos que Martínez Ruiz juzgaba de indispensable lectura<sup>17</sup>. Una biblioteca mínima que nos da una idea tanto de la amplitud del movimiento como de la ubicación del joven monovero dentro del mismo. Vamos a trazar a continuación las líneas maestras del anarquismo de Martínez Ruiz, no tanto para demostrar su efectivo carácter anarquista (pues esto ya ha sido ampliamente puesto de manifiesto), sino para ilustrar una de las vías en que se ofrecía nuestro anarquismo finisecular, una de sus múltiples *formas* o *modos de ser* en que éste se manifestaba. No nos detendremos, por tanto, en sus fluctuaciones, ni en su desarrollo histórico y posterior abandono, pues nos interesa trazar no tanto la evolución cuanto los elementos conformantes de su identidad anarquista. En este sentido, hay que tener en cuenta que su pensamiento anarquista no se nos ofrece en un orden textual sistematizado, sino que se encuentra disperso entre la multitud de artículos periodísticos que escribió durante sus años de permanencia en Valencia y sus primeros años madrileños. Una prueba más de que el joven Martínez Ruiz se sentía inmerso dentro del movimiento anarquista. La dispersión y asistematicidad expositiva de su pensamiento en esta época revela su pertenencia a un orden superior, el de la “causa” o *Idea*, a la vez que muestra sus afanes y desvelos como propagandista de la misma.

El anarquismo se configura en su doble aspecto de crítica radical de las

<sup>17</sup> En la *biblioteca anarquista* figuran las obras de los “filósofos materialistas” (Büchner, Darwin, Babeuf, Guyau) o la de los “fisiólogos innovadores en materia social”, junto a las “obras de escritores y *savants* que han escrito contra la propiedad y el Estado” (Proudhon, Stirner, Kropotkin, Grave, Reclus). Además, en la biblioteca de “todo anarquista que se estime” no deberían faltar obras de, entre otros: Luisa Michel, Malato, Laverdays, Mentschicoff, Séverine, Zola, Jourdain, Tolstoi, Dostoievski, Tcherniskowski, Raganasse, Ibsen, Litourneau, Lethominoff, Descaves, Darrien, Hamon, Charnay, etc., cfr. Ahrimán [seud. de J. Martínez Ruiz], *Los anarquistas (Notas de un libro ajeno)*, art. cit. pp. 45-46.

estructuras de poder que mantienen el orden social vigente y de construcción de un nuevo orden comunitario inspirado no en la coherción, sino en el pleno respeto del individuo, el amor y la libertad. El propagandismo anarquista de Martínez Ruiz se centra principalmente en la crítica de algunos aspectos parciales del orden social existente, y revela, frente al nivel propositivo de la utopía, un lúcido *pragmatismo* que vincula su acción propagandista a la concreción del presente, impidiéndole la evasión hacia las “fantasías” ideales<sup>18</sup>. Martínez Ruiz cree firmemente en el progreso indefinido de la humanidad, una fe de índole positivista y raíz ilustrada que, sin renegar de la revolución, concede mayor valor a los avances científicos y a la instrucción cultural de los hombres. Es la transposición de la “ley de la evolución” al terreno de la historia, con un sobreañadido de valoración moral procedente de los ideales ilustrados que concede a la evolución una teleología bien precisa: el progreso<sup>19</sup>. “La sociedad

<sup>18</sup> “Trabajemos acomodando nuestros esfuerzos a las circunstancias”, J. Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, p. 170. “No pensemos en paraísos ideales, cuidémonos del presente. [...] Kropotkine no hace más que soñar cuando en *La conquête du pain* describe la sociedad anárquica”, J. Martínez Ruiz, *Revista de libros: P. Kropotkine, La conquête du pain*, en “Bellas Artes” (Valencia), 17 noviembre 1894, recogido en *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz, op. cit.*, p. 76. Al año siguiente, en *Notas sociales* (p. 204), aquilataría mejor la expresión de este pensamiento: “La anarquía no da ninguna solución, ni pretende reformar de un día para otro la actual sociedad. Todo cuanto Kropotkin escribe en *La conquista del pan* acerca de la organización que se ha de dar al mundo anárquico, son meras fantasías. Es un enormísimo absurdo forjarse ilusiones sobre un próximo triunfo de *todos esos ideales*, porque es imposible destruir las leyes de la evolución”.

<sup>19</sup> Los conceptos de “progreso” y de “evolución” tienen sólo en común una cierta vecindad semántica; en ambos está presente la idea de “cambio”, sin embargo se encuentran en niveles científicos distintos: mientras al concepto de progreso es inherente la teleología del cambio (hacia la perfectibilidad y mejora moral y social del hombre), la teoría de la evolución no marca los estadios sucesivos en términos progresivos, no concede ninguna teleología a las distintas fases de la evolución, sino que su radical materialismo sólo le permite indicar hacia el futuro un “nuevo equilibrio”, sin entrar en el mérito de su valoración moral (cfr. en propósito Giuseppe Montalenti, *L'evoluzione*, Turín, Einaudi, 1965; Ernst Mayr, *The Growth of Biological Thought: Diversity, Evolution and Inheritance*, Cambridge (Mass.), Belknap Press of Harvard University Press, 1982). Confundir los dos niveles puede dar lugar a no pocos inconvenientes y contradicciones, bien evidentes en la bibliografía ácrata de la época. El joven Martínez Ruiz sigue en este caso la apropiación ideológica que de la teoría de la evolución llevaron a cabo las fuerzas progresistas de la sociedad finisecular, una “apropiación” que conferiría valor moral al proceso darwiniano de la evolución natural (conviene no olvidar, sin embargo, que el darwinismo, focalizado a través del concepto de “selección natural”, también fue objeto de una

anarquista será un hecho. No hay más que abrir la historia para ver la transformación que van sufriendo todos los privilegios y todas las tiranías”<sup>20</sup>. Su realismo pragmático le hace confiar más en el lento progreso que en la revolución subitánea: “Sin negar la revolución, y yo no la niego, se puede creer en la transformación cercana [...], la humanidad camina hacia el comunismo anarquista, pero camina con paso tardo. El programa es lento, y en esa misma lentitud está la firmeza de su obra”<sup>21</sup>. Frente a la hipótesis del cambio repentino, Martínez Ruiz prefiere la lenta consolidación de un cambio progresivo, la lenta mejora de las condiciones de injusticia y opresión. Hay, en este sentido, toda una tensión que recorre la propaganda anarquista de Martínez Ruiz entre los conceptos de “revolución” y “evolución”. La *evolución* marca un camino seguro hacia el progreso; su seguridad procede del carácter científico que le habían dado los naturalistas decimonónicos (Darwin, Lamarck) y del sostén positivista del anarquismo<sup>22</sup>. La *revolución*, en cambio, no ofrece esta misma seguridad; una mentalidad positivista no podía basar el progreso material y moral de la sociedad sólo en la incertidumbre del acontecimiento revolucionario, pues éste, sin base científica fuera de la dialéctica marxista, ofrecía siempre un punto de desconfianza: “Y transcurren los días, va pasando el tiempo [...] y la revolución no se hace”<sup>23</sup>. Pero Martínez Ruiz no condena por ello la revolución, sino que la inscribe dentro del mismo proceso evolutivo: la revolución se

operación similar de apropiación ideológica por parte de las fuerzas más conservadoras y reaccionarias de la sociedad).

<sup>20</sup> J. Martínez Ruiz, *Revista de libros: P. Kropotkine, La conquête du pain*, art. cit., p. 74.

<sup>21</sup> *Id.*

<sup>22</sup> “El triunfo de las nuevas ideas vendrá por la ciencia”, J. Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, p. 171. “¡La revolución ya tiene base filosófica! Los positivistas, de 1860 a 1880, se la han dado”, J. Martínez Ruiz, *El 11 de febrero. Pi y Margall*, en “El Globo” (Madrid), 11 febrero 1903, cit. por *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz, op. cit.*, p. 209. Sobre estos aspectos, cfr. Diego Núñez, *La mentalidad positiva en España: desarrollo y crisis*, Madrid, Tucur, 1975, y *El darwinismo en España*, Madrid, Castalia, 1977; véase también el vol. monográfico sobre *El darwinismo en España* de la revista “Anthropos” (Barcelona), n. 16-17, 1982.

<sup>23</sup> J. Martínez Ruiz, *Crónica*, en “El País” (Madrid), 1 enero 1897, cit. por *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz, op. cit.*, p. 82. “Se impone un vigoroso esfuerzo si queremos salir del estado de arbitrariedad. Ya sé que no es posible que de una revolución salga la sociedad modelo, esa sociedad perfecta en que los hombres sean libres e iguales, en que el trabajo y el goce sean compartidos por todos. Esto no está en nosotros hacerlo de una vez, porque la marcha de la humanidad es lenta y no se puede hacer de un salto lo que es obra de la evolución”, J. Martínez Ruiz, *Crónica*, en “El País”, 7 febrero 1897, cit. por *id.*, p. 106.

comprende como un “acelerador” histórico de la evolución. La violencia, así, quedaba plenamente justificada, aunque no fuera motivo seguro de progreso<sup>24</sup>. De este modo, a través del análisis de la tensión entre los conceptos de “evolución”, “progreso” y “revolución”, se comprende que el carácter del anarquismo de José Martínez Ruiz, dentro de lo que son las dos grandes fuentes del anarquismo decimonónico, se descubre en su filiación con el liberalismo ilustrado y con el socialismo utópico, más que con los desarrollos teóricos provenientes de la izquierda hegeliana. La fe en el progreso de la humanidad, sin embargo, no conduce su pensamiento en la dirección del optimismo ilustrado, sino hacia un creciente pesimismo originado por el duro choque entre el pragmatismo de sus ideas y la realidad circunstancial española. Este pesimismo – tras el que asoma la sombra del nihilismo – irá ampliando su radio de acción dentro de su pensamiento a través de la fundamentación filosófica de Schopenhauer, desembocando, a su vez, en un feroz individualismo de base stirneriana y afianzándose con el escepticismo de Montaigne y la prudencia de Gracián.

Por lo que se refiere a los aspectos concretos de la crítica anarquista de Martínez Ruiz, podemos encuadrar sus motivos e intereses principales en los siguientes puntos:

*Antipatriotismo.* Denuncia del concepto de “patria” como un orden encubridor de opresión e injusticia. Martínez Ruiz se sumaba al internacionalismo obrerista y veía en las fronteras nacionales la garantía del orden político vigente, pues significaban la división y consiguiente debilitamiento del movimiento obrero<sup>25</sup>. El antipatriotismo, en cuanto crítica del sistema político vi-

<sup>24</sup> “Pero ¿condenaremos por eso las revoluciones? ¿Es esto decir que debemos permanecer quietos esperando a que los acontecimientos se desenvuelvan por sí solos? Nada más erróneo; seríamos entonces cómplices de los tiranos y auxiliares de los falsos radicales que predicán la muerte de la revolución”, *id.* “La evolución [...] no excluye la revolución”, J. Martínez Ruiz, *Notas sociales*, p. 204. Sobre la justificación de la violencia, cfr. el episodio del mendigo de la última *Crónica* citada (*Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz, op. cit.*, p. 108), o el artículo titulado *La Nochebuena del obrero* (*id.*, pp. 85-89). En cualquier caso, la justificación de la violencia revolucionaria en el pensamiento del joven Martínez Ruiz aparece sólo como el “último recurso” de las estrategias de lucha en favor de la causa anarquista (cfr. *Anarquistas literarios*, p. 171).

<sup>25</sup> Cfr. J. Martínez Ruiz, *La patria y Crónica. Obreros de antaño*, en “Progreso” (Madrid), 23 abril 1899 y 6 mayo 1900, respectivamente, ahora recogidos en A. Robles Egea, *Algunos datos desconocidos sobre la evolución política del joven Martínez Ruiz (1899-1901)*, art. cit.,

gente, se ligaba a la condena del *socialismo*<sup>26</sup> y a una amplia coincidencia con el *federalismo*<sup>27</sup>.

*Obrerismo.* En los obreros están depositadas las esperanzas de lograr un mundo mejor y más justo; son los “nuevos bárbaros” que arrasarán los pilares de esta sociedad y construirán sobre sus ruinas una sociedad nueva<sup>28</sup>. Por eso, la acción de propaganda busca el despertar de la conciencia del obrero. Tal es así, que el intelectual comprometido tiene su modelo en el “obrero intelectual”<sup>29</sup> – aunque, por otro lado, suela calificarse al obrerismo de Martínez Ruiz, con razón, de “teórico”, indicando con ello una suerte de separación o distancia, nunca anulada, respecto de la realidad obrera (cosa que se pone de manifiesto, por ejemplo, en la entrada del 19 de marzo de los “Fragmentos de un diario” contenidos en *Bohemia*).

*Anticlericalismo y crítica de la religión.* La crítica de la religión se realiza desde un doble frente: como lucha contra la “superstición” focaliza la herencia ilustrada del positivismo decimonónico, como crítica de la institución eclesiástica revela un aspecto concreto de la lucha contra las estructuras del mantenimiento social del poder (estado, ejército, matrimonio, etc.). Una nota curiosa e importante del anarquismo finisecular, que recoge Martínez Ruiz en su crítica de la religión, es la apropiación del simbolismo de las primeras comunidades cristianas: el espiritualismo de Tolstoi y el libro de Renan *La vie de Jésus*

pp. 111 y 115. En este contexto hay que inscribir su traducción de la conferencia de Hamon titulada *De la patria*.

<sup>26</sup> Cfr. *La explotación del socialismo*, en “El Productor” (La Coruña), 1 octubre 1896, reeditado por C. Manso, *Un artículo olvidado de José Martínez Ruiz (La Coruña, 1896)*, art. cit.

<sup>27</sup> “Desde el 73 acá, el regimen republicano ha perdido mucho prestigio en las masas obreras. El pueblo comprende ya a estas horas perfectamente lo que sería una república, o a lo menos una república unitaria y centralizadora”, *Notas sociales*, p. 199; en *La evolución de la crítica* (p. 406) habla también del “encanto de la unidad nacional”. Véase también la semblanza que traza Martínez Ruiz de Pi y Margall en *El 11 de febrero. Pi y Margall*, art. cit.; sobre este tema cfr. R. Pérez de la Dehesa, *Azorín y Pi y Margall. Olvidados escritos de Azorín en La Federación de Alicante, 1897-1900*, en “Revista de Occidente”, n. 78, 1969.

<sup>28</sup> “Antes, en Europa, cuando los viejos habitantes de una hermosa comarca sentíanse debilitados, caían sobre ellos, desde el Norte, bárbaros gigantescos, que vigorizaban la raza. Ahora, que ya no hay salvajes en Europa, son los obreros quienes realizarán esta obra en una cincuentena de años. LLamarase a esto la revolución social”, J. Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, p. 190; cfr. también *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz, op. cit.*, p. 84.

<sup>29</sup> Cfr. *Anarquistas literarios*, p. 177.

(1863) se encargaron de abrir este camino. Los anarquistas se consideran los auténticos herederos de aquel cristianismo primitivo, de su espíritu “comunitario”, y reivindican la figura de Cristo como la de un verdadero anarquista. De este modo, a la crítica “externa” de la religión y de la Iglesia añaden una crítica “interna” a la tradición cristiana: el cristianismo contemporáneo habría traicionado en su decurso histórico el verdadero espíritu del cristianismo, que no era otro que el de las primeras comunidades cristianas, habría abandonado sus originarios ideales comunitarios en favor de un mensaje de resignación que ocultaba la justificación del estado de desigualdad entre los hombres<sup>30</sup>.

*Crítica del matrimonio y feminismo.* La crítica de la institución matrimonial aparece en el contexto, más amplio, de la crítica del entramado social que mantenía en pie las estructuras de poder vigentes entonces: patria, religión, Estado, matrimonio<sup>31</sup>. “Cuando en todas partes se predica la insurrección contra la tiranía, ¿por qué predicar esa monstruosidad de una mujer sometida a las crueldades de un marido?”<sup>32</sup> En dos de los cuentos incluidos en *Bohemia*, “La ley” y “Envidia”, la denuncia del matrimonio se configura con una dura crítica de la paternidad biológica y con la defensa del divorcio y del amor libre

<sup>30</sup> El interés de Martínez Ruiz por este cristianismo primitivo es muy amplio, como testimonian las numerosas referencias que hace de él; véase, en propósito: *La Nochebuena del obrero*, *Clarín en el Ateneo*, *El Cristo nuevo*, *Charivari en casa de Unamuno*, todos ellos contenidos en *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz*, op. cit. Para la crítica anticlerical, véanse: *Un cardenal*, en “El País”, 28 diciembre 1896, *Teología*, en “El Motín”, 20 febrero 1897 (ambos incluidos en J. Payá Bernabé, *Ignorados artículos de Martínez Ruiz en El Motín*, art. cit., pp. 98 y 100), *Crónica. Las nuevas caricaturas de Gerónimo Bosch*, en “Progreso”, 8 abril 1900, *Tinta fresca*, id., 3 junio 1900 (recogidos en A. Robles Egea, *Algunos datos desconocidos sobre la evolución política del joven Martínez Ruiz (1899-1901)*, art. cit., pp. 113 y 117). Esta reivindicación del cristianismo primitivo por parte del anarquismo finisecular europeo confluye, dentro del debate literario, con las polémicas suscitadas en España en torno al naturalismo, y con la búsqueda, para la especificidad del caso español, de un “naturalismo espiritual” o “realismo espiritualista” capaz de acoger una línea narrativa más cercana en su vinculación a Tolstoi que a Zola; cfr. en propósito Francisco Caudet, *La querrela naturalista. España contra Francia*, en *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Yvan Lissorgues (ed.), Barcelona, Anthropos, 1988, pp. 58-74.

<sup>31</sup> Cfr., por ejemplo, J. Martínez Ruiz, *La huelga de hijos*, en “El Mercantil Valenciano”, 16 febrero 1894, recogido en R. Ferreres, *Valencia en Azorín*, op. cit., pp. 31-33; *Crónica*, en “El País”, 7 febrero 1897, ahora en *Artículos olvidados de J. Martínez Ruiz*, op. cit., pp. 104-109.

<sup>32</sup> J. Martínez Ruiz, *Literatura*, p. 232.

en una línea que habría de llevar a Martínez Ruiz a asumir la defensa de las posiciones feministas de Belén Sárraga<sup>33</sup>.

*Crítica del sistema penitenciario.* Quizá sea éste el aspecto de la propaganda anarquista que más empeño y dedicación absorbió del joven Martínez Ruiz. Tradujo *Las prisiones* de Kropotkin, y escribió un amplio ensayo de carácter divulgativo, *La sociología criminal*, en el que se manifiesta contrario a la pena de muerte a la vez que solicita una reforma radical del sistema penitenciario en base a los nuevos avances científicos. Frente a los defensores de las distintas teorías correccionalistas de la justicia punitiva, Martínez Ruiz defiende, en esta época, una cierta irresponsabilidad moral de las acciones humanas, un más o menos radical determinismo ambiental: "Realiza el hombre sus actos como el tigre que desgarrar las carnes de su víctima"<sup>34</sup>. El concepto de "medio", que surge en el pensamiento de nuestro autor en este contexto, y su incidencia en el desarrollo de la vida humana, iban a constituir una de sus mayores preocupaciones en los primeros años del nuevo siglo: el personaje Antonio Azorín iba a encarnar una nueva comprensión, cada vez más alejada del radicalismo anarquista, de la (inter)relación individuo-medio.

A todas estas críticas aún habría que añadir, en propiedad, el antimilitarismo, la defensa de la libertad de expresión, la crítica de la moral burguesa y del sistema parlamentario, etc. Esta amplitud temática testimonia la fuerte implicación del joven Martínez Ruiz en la propaganda anarquista de fin de siglo, y da una idea certera de la forma de su compromiso con el movimiento. Su

<sup>33</sup> El radicalismo de los artículos de José Martínez Ruiz contra el matrimonio y la propiedad ocasionó su temprana salida del diario "El País" en febrero de 1897; su *Crónica. Para X, recién casado*, publicada en ese mismo diario el 23 de enero de 1897, terminaba así: "Yo voto por el amor libre y espontáneo; por la independencia de la mujer, igual al hombre en educación y en derecho; por el placer de las pasiones sinceras; por el goce pleno de la Naturaleza, maestra de la vida...". Todavía en 1904 Martínez Ruiz manifestaba abiertamente sus críticas al matrimonio y su defensa del divorcio, como puede verse en su artículo de contestación a la encuesta promovida por *Colombine*, titulado *El divorcio* y publicado en el diario "España" el 23 de enero (aunque hay que notar que el tono de esta respuesta mira más a defender la libertad individual que a reparar la situación de injusticia que sufría el universo femenino). Como contraste, el 30 de abril de 1908, en la madrileña iglesia de San José, José Martínez Ruiz (o quizá Azorín) se casaba con Doña Julia Guinza Urzanqui; pero esto es ya otra historia.

<sup>34</sup> J. Martínez Ruiz, *La sociología criminal*, p. 572; cfr. en propósito, Lily Litvak, *La sociología criminal y su influencia en los escritores españoles de fin de siglo*, en *España 1900. Modernismo, anarquismo y fin de siglo*, op. cit., pp. 129-154.

anarquismo podrá diferir de la imagen que la historia ha consolidado, después, de la anarquía, pero lo que no se puede negar es que, en la España finisecular, el anarquismo de Martínez Ruiz constituía uno de los *modos de ser* propios del movimiento anarquista. Un anarquismo, el de Martínez Ruiz, que no iba a quedar encerrado en una fe inamovible, sino que iba a cambiar y a modificarse al compás tanto de su experiencia personal en la “lucha por la vida” como de las grandes transformaciones que se estaban dando en el seno de la cultura europea de fin de siglo. Un anarquismo que va a descubrir al “hombre interior” y su prioritaria necesidad de reforma, pues es impensable poder cambiar el mundo social sin antes cambiar la persona que se lleva dentro; que va a descubrir así, profundizando por las galerías del sujeto, el nihilismo que late en el fondo de sus planteamientos: “¿Para qué luchar por la emancipación de los hombres, que al morir vuelven a la nada? [...] Por debajo de los hermosos ensueños del anarquismo, de la ilusión de un paraíso terrenal, asoma siempre la inmensa tristeza del nihilismo”<sup>35</sup>. La *fe en la razón*, que había sido capaz de diseñar una precisa ley de la evolución histórica en favor del progreso, iba a actuar como disolvente; la misma ley de la evolución reclama el espacio de las conquistas revolucionarias: “La *Arcadia feliz* pasará como pasaron las viejas sociedades. Nada es eterno; todo es mudable. Surgen a cada momento en el espacio mundos nuevos y acábanse los que cumplieron ya su hora. La materia sigue sin cesar su evolución al infinito, cambiando, transformándose, muriendo para renacer en formas nuevas. El hombre no es una excepción del aniquilamiento universal. [...] Y entonces, desierta la Tierra, rodando desolada y estéril, entre profundas tinieblas, por el espacio inmenso, ¿para qué habrán servido nuestros afanes, nuestras luchas, nuestros entusiasmos, nuestros odios?”<sup>36</sup>. El derrumbamiento del positivismo marca el principio del fin de los ideales revolucionarios y de la fe en el progreso; aún habrán de resonar algún tiempo en los escritos de Martínez Ruiz, pero se ve ya que no se trata del seguro buque del progreso, sino de los restos de su naufragio. Son los límites del intelectuallismo los que cumplen el paso del exceso de razón al relativismo extremo. Es la noche del sujeto: la crisis nihilista.

<sup>35</sup> J. Martínez Ruiz, *Charivari en casa de Unamuno*, art. cit., p. 140.

<sup>36</sup> J. Martínez Ruiz, *La sociología criminal*, p. 574.

## II

El radicalismo de la protesta del anarquismo finisecular atrajo sobre sí el creciente interés de los medios artísticos e intelectuales de la bohemia, española y europea, lo que se tradujo, a menudo, en una vasta convergencia de estos sectores dentro del movimiento libertario. Es posible, sin embargo, que entre el anarquista revolucionario y el artista rebelde no hubiera en común más que una “ambigua reivindicación de libertad”<sup>37</sup>, pero también es cierto que la amplitud del anarquismo finisecular responde a la mezcla y confluencia del tono rebelde con el tono revolucionario de la protesta, “respondiendo así a esa doble raigambre liberal y socialista que hemos hallado repetidas veces en sus fundamentos doctrinales y a la dualidad de procedencia social de sus militantes: clase trabajadora *revolucionaria* e individuos *rebeldes*, normalmente intelectuales procedentes de la clase media y pretendidamente desclasados”<sup>38</sup>. Justo es intentar comprender esta rebeldía en su especificidad, pero esto no puede hacernos olvidar que históricamente se dio como una forma de ser propia del anarquismo de fin de siglo, y no como un añadido impropio.

En los estudios sobre las letras del fin de siglo español, sin embargo, ha hecho fortuna la distinción entre “anarquismo literario” y “literatura obrerista”. Una distinción que tiende a separar la producción literaria del militante revolucionario de la del intelectual rebelde: “Frente al anarquismo literario, intelectual y culto, que busca una estética libre de trabas y la destrucción de los prejuicios y convenciones de una sociedad anquilosada, surge una literatura obrera, desdeñosa de todo refinamiento formal, preocupada por la revolución social y no la artística”<sup>39</sup>. Esta distinción tiene un fondo de verdad incuestionable, pero en su afán taxonómico produce una fractura en la literatura finisecular que deja fuera de su división (o la desvirtúa al asimilarla a uno de estos polos) una de las experiencias literarias más interesantes: la de José Martínez Ruiz. Históricamente, las cosas no fueron tan netas y tajantes: o renovación estética o revolución social. Ambos aspectos representan los extremos entre los

<sup>37</sup> J. Álvarez Junco, *La ideología política del anarquismo español*, op. cit., p. 139.

<sup>38</sup> *Id.*, p. 432.

<sup>39</sup> Clara Lida, *Literatura anarquista y anarquismo literario*, art. cit., p. 365. “El *anarquismo literario* fue el resultado efímero del descontento artístico y espiritual de un grupo de escritores de fin de siglo, que veían en el rechazo de los viejos moldes estéticos y sociales un modo eficaz para la regeneración de una España – y una Europa – en decadencia”, *Id.*, p. 380.

que se movía el movimiento anarquista (rebeldes y revolucionarios de entonces) en su relación con la literatura; pero esta polaridad, en su radical dicotomía, no logra cubrir todas las manifestaciones literarias relacionadas con el movimiento anarquista. Justo es reconocer que entre ambos extremos se daba también el intento sincero de aunar la transformación social con la renovación estética. A este intento respondió una buena parte de la obra de José Martínez Ruiz. Además, es impropio e inadecuado usar el término de “anarquismo literario” para calificar los afanes de simple renovación estética de un cierto sector de las letras españolas de fin de siglo, como propone la anterior distinción de Clara Lida (lo que no quiere decir que tal sector no existiera, sino que habría que buscarle otra denominación). El nombre de “anarquismo literario” debe reservarse, en propiedad, para la operación que Martínez Ruiz trató llevar a cabo en literatura, pues fue él mismo quien acuñó el término y precisó su sentido en obras como *Anarquistas literarios*, *Notas sociales*, ambas con fecha de 1895, o *La evolución de la crítica*, de 1899.

José Martínez Ruiz, ya lo hemos visto, no fue original en sus planteamientos teóricos sobre el anarquismo (en este sentido, no hizo más que asimilar y divulgar la obra de los padres del anarquismo europeo, Kropotkin y Faure, principalmente); pero donde sí lo fue, donde sí fue original, es en el portentoso intento de aplicar la categorización anarquista a la literatura, de comprender la literatura desde la cosmovisión anarquista. Y esto lo hizo desde el doble frente de la crítica y de la creación literarias. El suyo es, como veremos, un claro intento de *subversión* del orden literario. Como en el apartado anterior, es decir, sin atender a las variaciones u oscilaciones en el tiempo, vamos a intentar precisar el sentido del “anarquismo literario” de Martínez Ruiz buscando sus notas distintivas principales, su carácter general y dominante.

Que no es una simple pose de un vano esteticismo ausente de compromiso se revela en la involucración constante en que aparecen la literatura y la política: “La revolución literaria es la vanguardia de la revolución política: el artista es profeta. [...] La innovación literaria ha producido la innovación política; la innovación política producirá la revolución social”<sup>40</sup>. José Martínez Ruiz se declara, en

<sup>40</sup> J. Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, pp. 165 y 168. “El arte es la vanguardia del derecho: Grecia debe más a Homero que a Solón”, A. [Ahrimán], *La de San Quintín*, en “El Mercantil Valenciano”, 1 marzo 1894, recogido en R. Ferreres, *Valencia en Azorín*, op. cit., p. 34. Estas fórmulas encierran la concepción *progresiva* del arte, a todas luces evidente si se ponen al lado de un significativo aforismo de *Soledades* (p. 336): “El progreso es esto: La Moral

sus años juveniles, enemigo del arte por el arte, a la vez que afirma una suerte de correspondencia entre la moral, el arte y la crítica<sup>41</sup>. Una moral anarquista, como la que él profesaba, no podía concebir el arte como separado y desligado de la vida: “El arte es vida”<sup>42</sup>, tiene que corresponder a la vida, ser *para* la vida. El arte tiene que ser *social*: “Cuando en todos los órdenes de la vida se lucha, ¿cómo no habría de lucharse también en el arte? No, no es un *snobismo* como otro cualquiera este del arte social; no es un capricho de un cenáculo de jóvenes. Es una manifestación seria y poderosa del pensamiento, una necesidad irresistible de nuestros tiempos. La literatura moderna es ésta: una literatura que lucha en pro de ideales nobles y santos, una literatura épica”<sup>43</sup>.

transformándose en Derecho”. Sobre la involucración entre la anarquía y la literatura, véase P. Baroja, *Aurora roja*, *op. cit.*, pp. 614-615.

<sup>41</sup> “A cada concepción de la moral corresponde una manifestación del arte, y a cada manifestación del arte un aspecto de la crítica”, J. Martínez Ruiz, *La evolución de la crítica*, p. 439.

<sup>42</sup> *Id.*, p. 433. La inseparabilidad e imbricación del arte y de la vida aparecen claramente expresados al inicio del cap. II de *Soledades*: “El artista que piensa noblemente y no vive como piensa, no es un artista completo. [...] No estamos en los tiempos de Benvenuto Cellini, en que se le perdonaba todo a un hombre con tal que ejecutase maravillas artísticas. ¿Qué vale la sublimidad de un libro, de un cuadro, de una estatua, al lado de la grandeza de una vida santa? Hay que ser genio con la cabeza y con el corazón; en la obra y en la vida” (p. 335). En *Literatura*, una de las críticas que mueve a Rafael Altamira se refiere a la fuente de sus observaciones, a que éstas no han sido sacadas “al aire libre, de las páginas palpitantes de la Naturaleza”, sino “recogidas de las páginas impresas” (p. 225). Muchos años después, en una opinión que sabe de consciencia de fracaso y que sin duda hubiera podido suscribir Azorín, Pío Baroja manifestaba que la suya “Fue una generación excesivamente libresca” (*Final del siglo XIX y principios del XX* (1945), en *Obras completas*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1978, p. 659), indicando con ello, acaso, la incapacidad de aquel grupo de salvar la distancia entre el arte y la vida, entre la intelectualidad y la realidad. Con todo, aquel carácter libresco al que se refería Baroja representa la incesante búsqueda por parte de aquellos jóvenes de nuevos parámetros para la vida, la búsqueda agónica de un nuevo fundamento sobre el que levantar las ruinas de aquella vida en crisis. Nunca como entonces la lectura adquiere un aspecto tan dramático: los jóvenes buscan en el laberinto de los libros el libro que encierre la clave resolutive de la *Krisis*, o una nueva fe capaz de sustituir la fe perdida.

<sup>43</sup> J. Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, p. 194. En *La evolución de la crítica*, al tratar de la crítica utilitaria de Proudhon, Martínez Ruiz expresa su “simpatía” con este principio: “No es lícito entretenerse en juegos malabares y en combinaciones retóricas del arte por el arte, cuando hay quien sufre, cuando alientan perseguidos por la injusticia social, cuando viven a nuestro lado víctimas de la iniquidad, y hay explotadores y explotados, señores y amos, vencedores y vencidos” (p. 430).

La nueva épica del arte social tiene una enorme deuda contraída con la ciencia: “A la ciencia debe el arte sus progresos; a la ciencia debe la poesía el que, acabado el viejo paraíso, surja otro nuevo y maravilloso que cantar: el paraíso de la solidaridad universal, del amor de todos los hombres, de la fusión de todos los pueblos en una sola y gran familia, sana y fuerte por el trabajo, alegre y dichosa por los goces de la Naturaleza y del arte”<sup>44</sup>. Es el momento de mayor contacto de Martínez Ruiz con el naturalismo literario y sus bases filosóficas: “¡El arte-ciencia! ¡Ah señores! Una gran revolución se está preparando en la literatura europea; estamos abocados a una gran alborada del espíritu humano. ¿Quién será el Mesías de la nueva doctrina artística? Contentémonos con saber quién es el Bautista, quién es el precursor: Emilio Zola”<sup>45</sup>. El arte, pues, tiene que ser “social” y “científico”, y el ideal del escritor se delinea, como vimos, desde el modelo del “obrero intelectual”.

A partir de las características que, según Martínez Ruiz, debe cumplir el anarquista literario, podemos establecer las categorías que habrían de vertebrar el arte anarquista: sinceridad, libertad, innovación, lógica y espíritu crítico<sup>46</sup>. La *sinceridad* pretende un arte que no se arredra ante las lacras de la sociedad, ni se amedrenta ante las amenazas del poder, sino que se propone como fiel testimonio de la realidad; significa también, para el artista, no reconocer por encima de sí mismo ninguna autoridad ante la que doblegarse<sup>47</sup>. La *libertad* abre dos frentes: la reivindicación de la completa libertad de expresión y la insubordinación al principio de autoridad que representan el canon y la tradición. La *innovación* representa la capacidad que tiene que tener la literatura para acompasarse a la dinamicidad de la realidad; el arte no puede quedar en-

<sup>44</sup> J. Martínez Ruiz, *La evolución de la crítica*, p. 406.

<sup>45</sup> J. Martínez Ruiz, *La crítica literaria en España*, p. 25.

<sup>46</sup> J. Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, p. 156.

<sup>47</sup> En el prólogo de *Buscapiés* (p. 61), la sinceridad se configura desde el modelo de Larra, evidenciando las dificultades que encuentra en España para abrirse camino en la literatura. En el artículo *Desde el foro* (“Las Bellas Artes”, 19 enero 1895) la sinceridad se delinea como la capacidad del arte y del artista de ajustarse a la realidad, cfr. R. Ferreres, *Valencia en Azorín*, op. cit., p. 50. Nótese que un aspecto importantísimo de la crítica orteguiana al 98 gira alrededor de la “sinceridad”: en la polémica con Unamuno y Maeztu, el joven Ortega, aún entre las redes del neokantismo, contrapone a la sinceridad noventayochista como categoría portante para resolver los males de España, la “veracidad”, es decir, la “ciencia” y el “método”; cfr. *Algunas notas. Sobre una apología de la inexactitud y Unamuno y Europa, fábula*, en José Ortega y Gasset, *Obras completas*, vol. I, Madrid, Alianza Editorial & Revista de Occidente, 1983.

cerrado en una serie de formas prefijadas desde antiguo, sino que debe buscar, a través de la invención, de corresponder a los cambios que se suceden en el horizonte de la humanidad. La *lógica* representa la fe en la razón, la confianza del arte anarquista en el poder de la ciencia y su raigambre positivista; “¡Lógica, lógica!”<sup>48</sup>, para desenmascarar los falsos principios que gobiernan la vida del hombre; “lógica” para el arte, pues éste debe caminar al paso de los avances científicos (arte-ciencia). El *espíritu crítico* representa la dirección de la denuncia en favor del mejoramiento social y moral de los hombres.

La tarea que Martínez Ruiz se propone en *Anarquistas literarios*<sup>49</sup> va mucho más allá de la simple búsqueda de “raíces” o “fuentes” que, en la tradición hispánica, pudieran avalar su ejercicio literario y su concepción de la literatura. Es cierto que individualiza en las figuras de Lope de Vega, Moratín y Larra ilustres *révoltés* que marcan, por un lado, una sucesiva oposición en el tiempo al poder literario, y, por otro, una línea histórica de *progreso* literario de la que el joven Martínez Ruiz se sentía, en cierto modo, heredero; pero también es cierto que lo que Martínez Ruiz se propone llevar a cabo es una auténtica *subversión del orden literario*. Se trataba de derrocar los “valores” desde los que se habían construido las distintas historias de la literatura vigentes en la España de fin de siglo, y afrontar, sucesivamente, la construcción de una nueva historia de la literatura desde los nuevos valores que ofrecían las ideas anarquistas aplicadas a la literatura<sup>50</sup>. Esta *nueva historia*, aunque sea “literaria”, es decir, referida a la literatura en cuanto que ésta constituye el objeto de su estudio, no puede perder de vista, para ser certera y corresponder a los nuevos ideales pro-

<sup>48</sup> J. Martínez Ruiz, *Charivari*, p. 253.

<sup>49</sup> Aunque lleva fecha de 1895, esta obra tuvo que imprimirse en noviembre de 1894, como ha puesto de manifiesto M.D. Dobón Antón (*Azorín anarquista, op. cit.*, p. 92) en base a la posdata de la carta a Pedro Dorado Montero del 25 de noviembre de 1894: “Le mando un ejemplar de mi folleto *Anarquistas literarios*”, Laureano Robles, *Cartas inéditas de Azorín a Dorado Montero*, art. cit. p. 233.

<sup>50</sup> En la primera edición de *Pecuchet, demagogo* (Madrid, Imprenta de Bernardo Rodríguez, 1898) puede leerse que el autor tiene en preparación un *Manual de historia de la literatura española contemporánea*, obra que Martínez Ruiz no llegó a publicar nunca; es probable, sin embargo, que aquella intención original se canalizara después, desviándose de su inicial propósito, hacia *La evolución de la crítica*, obra que apareció al año siguiente y que bien pudiera constituir el fundamento teórico y doctrinal sobre el que iba a asentarse el proyectado *Manual*.

pugnados, el carácter de *historia total*<sup>51</sup>: historiar la literatura es algo que ya no podrá hacerse de manera independiente y aislada, sino que tendrá que buscar y dar cuenta de, por un lado, las interrelaciones significativas de la literatura con el resto del universo cultural (ciencia, bellas artes, filosofía, religión, etc.), y, por otro, de las relaciones de la literatura con la vida y con la sociedad de su tiempo, sin olvidar, a su vez, la dimensión histórica que sobre ellas incumbe. Además de esto, la nueva historia debe cumplir con otro requisito indispensable: el de ser “historia *interna* literaria”<sup>52</sup>, ser expresión del fermento vivo que envuelve al fenómeno literario, a su grandeza y a su miseria, ser expresión de ese elemento *anónimo* de la literatura que suele sacrificarse en la narración histórica, acoger en el nuevo relato la *intrahistoria* de la literatura (es en este sentido que debe entenderse *Charivari*, como “historia literaria interna” y no como la ácida narración de las dificultades de su autor por encontrar espacio en el mundo literario madrileño).

Esta subversiva historia de la literatura que Martínez Ruiz proyecta y de la que sólo nos ofrece ensayos parciales refleja una raigambre anarquista difícil de negar. Se levanta, como hemos visto, contra el *principio de autoridad* que representan el “canon” y la “tradición” (nada ni nadie puede colocarse por encima de la libertad creadora del artista), y procede a lo que él llama el “desbroce de nuestra historia literaria”<sup>53</sup>, es decir, a la valoración “sincera” de las obras de nuestra literatura, desvelando el vacío sobre el que se sustentan viejos juicios y proponiendo nuevos modelos de ejemplaridad artística. Se sirve, además, de los conceptos de “medio” y “herencia”, de clara proveniencia positivista y naturalista, y los aplica a la literatura con el fin de desvelar los distintos condicionamientos que hay que superar en el camino hacia el arte libre<sup>54</sup>. Defiende – fiel reflejo del internacionalismo obrerista – una comunidad artística

<sup>51</sup> “Y aquí conviene decir que nosotros no somos partidarios de estas divisiones de historia, porque creemos que historias sólo debe existir una sola; una que compendie y resuma todos los aspectos de la vida social”, J. Martínez Ruiz, *La crítica literaria en España*, p. 11.

<sup>52</sup> J. Martínez Ruiz, *Literatura*, p. 227.

<sup>53</sup> J. Martínez Ruiz, *Anarquistas literarios*, pp. 156 y 161. “Es preciso, pues, destruir estas preocupaciones sociales, aunque al dar el golpe sea necesario cerrar los ojos para no ver caer los ídolos entre nubes de polvo”, *id.*

<sup>54</sup> Martínez Ruiz habla de la “influencia del medio” en la literatura y de la “herencia literaria”, cfr. *Literatura*, p. 221; en este sentido, califica al “tipo medio del escritor español” por su *impmeditación*, entendida como “horror a la meditación”, por su *falta de observación* y por ser *vago y aproximativo*, cfr. *Anarquistas literarios*, pp. 172-173.

libre de las fronteras entre las naciones, una literatura cosmopolita e internacionalista que denuncie el falso principio de inspiración burguesa que sustenta la división nacionalista de la literatura<sup>55</sup>. Y llega incluso a cuestionarse, siguiendo en esto el impulso del principio básico de la anarquía, la abolición del principio de autoridad que tiene el artista con respecto de la obra de arte: “Tan absurda como es la propiedad de las cosas, es la propiedad de las ideas. [...] Todos, todos somos inventores, todos somos artistas. ¡Cuántos esfuerzos ignorados, cuántas noches en blanco, cuántos sacrificios de salud y de hacienda de infinitas generaciones no representa la máquina que el inventor perfecciona, el poema a que el artista da gallarda y definitiva forma! Millones de hombres han trabajado en ese poema y en esa máquina”<sup>56</sup>.

José Martínez Ruiz, por tanto, como acabamos de ver, ensayó las posibilidades teóricas de construir una historia de la literatura de carácter anarquista. El suyo es un intento original de transposición de las ideas y principios de la anarquía al ámbito de la literatura. Ya sólo esto hubiera bastado para reconocer al joven monovero el alcance revolucionario de su empresa. Y sin embargo, hay que reconocerle también el no haberse limitado al terreno de la crítica en el ejercicio de su anarquismo literario, sino el haber llevado su *praxis* revolucionaria incluso al ámbito de la creación: su anarquismo literario no se plasma sólo en un nivel teórico expositivo, sino que desemboca en la creación literaria a través de piezas satíricas breves, ácidos cuadros de costumbres en los que el modelo de Larra se deja sentir poderosamente. En sus manos, la sátira se convierte en forma eversiva del anarquismo literario; a mitad de camino entre la mimesis realista y la deformación grotesca, la sátira se configura como un potentísimo instrumento crítico (de hecho, la “crítica satírica” aparece como la forma más estimable de crítica, dentro de la clasificación general de las distintas modalidades de la misma que Martínez Ruiz lleva a cabo en *La crítica literaria en España*, su primer libro).

<sup>55</sup> “[...] en el arte todo, han desaparecido por completo las fronteras más o menos arbitrarias que aún subsisten en los Estados, convirtiéndose la república literaria en una inmensa nación, en una gran sociedad espiritual que persigue los mismos fines y alienta idénticos propósitos”, J. Martínez Ruiz, *La de San Quintín*, art. cit., p. 34.

<sup>56</sup> J. Martínez Ruiz, *La sociología criminal*, p. 454; véase también la durísima crítica a Dicenta y al pretendido “derecho de propiedad” que éste reclama respecto de su drama *Juan José*: cfr. *Charivari*, p. 262.

Ya Clarín, en el *Palique* del 7 de enero de 1897 publicado en *La Saeta*, llamaba la atención de sus contemporáneos sobre el elemento satírico de la escritura de Martínez Ruiz: “No sé quien es Martínez Ruiz, que escribe artículos de costumbres en *El País*; pero quien quiera que sea, tengo el gusto de decirle que, en mi humilde opinión, si publica muchos trabajos como el titulado “Mi crítico”, acabará por merecer que se vea en él una de las pocas esperanzas de nuestra literatura satírica”<sup>57</sup>. Precedentemente, en el prólogo de *Buscapiés* (libro que llevaba como subtítulo, precisamente, *Sátiras y críticas*, como queriendo indicar con ello la unidad de acción de ambos elementos) el propio Martínez Ruiz, definiéndose como “escritor satírico”, exponía las dificultades del ejercicio de la sátira en España: “El escritor satírico, en España, no tiene más que dos paraderos: el *capuchón* o el *hule*. [...] No hay apelación: el escritor satírico es un ser venenoso, a quien hay que exterminar”<sup>58</sup>. Y un poco más adelante, en “Los ideales de antaño”, del mismo libro, nos expone la razón de esta tenaz persecución a que se ve sometido el escritor satírico: “el satírico [representa] la realidad palpitante, el hecho brutal”<sup>59</sup>. La sátira de Martínez Ruiz desvela la trama oculta del orden establecido, deja al descubierto los fundamentos ilusorios y mendaces de la sociedad de su tiempo, de la moral, de las relaciones humanas, etc.; su “acción”, sin embargo, no se agota en el momento crítico, destructivo y disolvente, sino que tiene una finalidad propositiva: la de contribuir a la regeneración moral y social del mundo contemporáneo. La intención satírica manifiesta, una vez más, la profunda imbricación con que se dan en nuestro autor la literatura y la vida: la sátira tiene una innegable finalidad moral, la de “corregir” los defectos de la sociedad y del individuo en aras de una transformación que camine en consonancia con los ideales del progreso. “Sátira” y “anarquismo literario” no son, pues, dos facetas ocasionalmente coincidentes en la escritura de José Martínez Ruiz, sino que la sátira es una necesidad constitutiva de su anarquismo literario.

<sup>57</sup> Para las relaciones entre Clarín y el joven Martínez Ruiz pueden verse: José María Martínez Cachero, *Clarín y Azorín (Una amistad y un fervor)*, en “Archivum” (Oviedo), n. 3, 1953; Antonio Ramos-Gascón, *Relaciones Clarín-Martínez Ruiz, 1897-1900*, en “Hispanic Review” (Philadelphia), n. 4, 1974; María Dolores Dobón Antón, *El intelectual y la urbe: Clarín maestro de Azorín*, Madrid, Fundamentos, 1996.

<sup>58</sup> J. Martínez Ruiz, *Buscapiés*, pp. 62-63.

<sup>59</sup> *Id.*, p. 130.

La sátira es una “actitud”, y no una forma literaria concreta<sup>60</sup>; el escritor satírico, por tanto, podrá plasmar su arte en una amplia variedad de formas literarias, pero tendrá que limitarse al empleo de una gama bastante reducida de técnicas<sup>61</sup>: la maestría del escritor satírico consiste precisamente en el contraste de esta escasez de sus recursos técnicos, en su habilidad para combinarlos en modo tal de acrecentar el potencial crítico-significativo de sus sátiras. La tradición clásica nos ha legado dos tendencias dentro de la sátira: una de aspecto “festivo”, basada en el *ridendu dicere verum* de Horacio, y otra, asociada a Juvenal, caracterizada por la indignación moral y por la denuncia<sup>62</sup>. La sátira del joven Martínez Ruiz pertenece a este segundo tipo, y tiene como modelo ejemplar la sátira costumbrista de su admirado Mariano José de Larra. *Buscapiés* (1894) representa el primer acercamiento compacto hacia la práctica de la sátira. “Legislación literaria”, quizá sea la composición que presenta un mayor despliegue de los elementos formales de la escritura satírica de Martínez Ruiz. También merecen destacarse la nota satírica sobre Bonafoux (“Luis Bonafoux”) y la sátira necrológica sobre Emilia Pardo Bazán (“Muertos ilustres”); “Dar en el clavo”, en cambio, inaugura la sátira de carácter naturalista, quizá el mayor logro de Martínez Ruiz en este campo. En *Bohemia* (1897), la sátira naturalista es dominante: se trata de la confluencia de la actitud satírica del escritor en el ámbito de la denuncia de los cuadros de costumbres inspirados en los principios del naturalismo literario. “El maestro”, “El amigo”, “La ley”, “Una mujer”, etc., constituyen buenos ejemplos de todo ello. Con un tono menos áspero, a causa, quizá, de la presión ambiental, el camino satírico de Martínez Ruiz continúa en *Soledades* (1898) con las sátiras sobre la vida burguesa (cap. II y IX) y sobre la moral eclesiástica (cap. VII), o en la sátira del falso revolu-

<sup>60</sup> Cfr. en propósito el cap. titulado *El mythos de invierno: ironía y sátira* de Northrop Frye, *Anatomía de la crítica*, Caracas, Monte Avila, 1977. “La sátira casi siempre opera de un modo noético, opuesto al modo dianoético. Es decir, en vez de presentar su tesis discursivamente, la presenta mediante un abigarrado juego de procedimientos expresivos que en conjunto constituyen una forma significativa, cuyo significado es aprehendido por el lector a través de su intuición inteligente – su ingenio”, C. George Peale, *La sátira y sus principios organizadores*, en “Prohemio” (Barcelona), IV, 1-2, 1973, p. 202.

<sup>61</sup> Cfr. Matthew Hodgart, *La sátira*, Madrid, Guadarrama, 1969, p. 108; de notable interés son los caps. 4 y 5 que tratan de *La técnica de la sátira* y de *Las formas de la sátira*, respectivamente.

<sup>62</sup> Cfr. Mercedes Etreros, *La sátira política en el siglo XVII*, Madrid, Fundación Universitaria Española, 1983, p. 23.

cionario que representa *Pecuchet, demagogo* (1898), llegando, por lo menos, hasta *La voluntad* (1902). La potencia y radicalidad de la sátira de Martínez Ruiz es tal que llega incluso a proponerse como severa autocrítica de los ideales revolucionarios y como anticipación del fracaso del anarquismo en su sucesiva disolución en la crisis nihilista: tal es el sentido de “Una vida” y de “Paisajes”, ambos incluidos en *Bohemia*.

Es preciso, pues, para lograr una plena comprensión del alcance significativo del elemento satírico presente en la escritura del joven Martínez Ruiz, integrarlo dentro de las coordenadas del anarquismo literario como una manifestación del mismo. Y ya en conclusión, podemos afirmar que el adjetivo “literario” del anarquismo de Martínez Ruiz no puede suponer, como a veces se ha pretendido, un rebajamiento o disminución del carácter anarquista de su acción. Todo lo contrario; es, como hemos visto, la plena plasmación del horizonte anarquista en el seno tanto de la literatura como de los estudios de crítica literaria.